

LA VOCACIÓN SACERDOTAL Y EL PADRE HURTADO

La vocación sacerdotal tiene algo de misterioso: la palabra misma -vocación o sea “llamado”- sugiere una intervención divina directa. Y es también compleja: las circunstancias que rodean al joven que es llamado y que lo inclinan a responder positivamente al llamado son muy diversas.

En primer lugar hay una manera de ser del joven que depende en parte de su familia y del ambiente en que él ha vivido su infancia y su adolescencia; y en parte de él: de su piedad, su pureza de alma, su inocencia de vida, su generosidad, su idealismo. Esto explica que innumerables vocaciones se han dado en jóvenes de familias sencillas, a menudo campesinas, cristianas de adentro y que viven en un ambiente sano. Esa fuente de vocaciones, por causas evidentes, se ha ido agotando en gran parte hoy en día, pero no del todo.

Otra circunstancia que favorece la vocación y la respuesta positiva a ella es una disponibilidad del joven para abrazar una vida inspirada en un ideal noble y desinteresado, una vida que valga la pena ser vivida, en que uno pueda entregarse entero, no solo en cuanto a la capacidad de estudiar, de trabajar o de producir dinero, sino en la de amar, de crecer como hombre, de avanzar en el conocimiento de Dios y en la intimidad con El, de ser un verdadero discípulo de Cristo, de participar plenamente en su Iglesia y en servir a los demás. Nunca faltan jóvenes que sienten que la adhesión al absoluto, a “lo único necesario” libera de las tensiones de lo relativo y da una paz interior y una alegría de vivir muy grandes. Una juventud piadosa y moralmente sana y un corazón inclinado a la santidad son una fuente de vocaciones sacerdotales que ha sido y sigue siendo muy fecunda.

Hay una tercera circunstancia que favorece la decisión de un joven de responder al llamado divino. Es la clara conciencia que hay una tarea inmensa por hacer. Es el deseo de llevar el Evangelio a todas partes, de ayudar a las familias, a los niños, a los jóvenes a ser felices en la verdad y en el bien. El deseo de ayudar a los pobres, a los enfermos, a los ancianos, a los que sufren. El deseo de trabajar por la justicia, por la solidaridad, por el amor, por la paz. El ansia de comunicar vida y de acrecentar la vida, la vida verdadera, la del espíritu, del corazón, del alma, la que hace crecer, la que hace feliz.

El Padre Hurtado ayudó a muchos jóvenes a percibir su vocación y a responder a ella, principalmente en estos dos últimos aspectos. Él sabía, a través de sus charlas, de sus retiros y de su dirección espiritual principalmente, ayudar a los jóvenes a discernir el llamado de Dios y solía estimular en ellos esa actitud de generosidad que ayuda a responder al llamado. Como educador él contribuía a formar jóvenes bien dispuestos y como sacerdotes les hacía ver que Cristo los llamaba y que al acoger el llamado serían felices y su vida sería una vida plena.

Pero como apóstol, como pastor, como hombre devorado por el celo de Dios y de las almas el Padre Hurtado era un testimonio vivo de la urgencia de las tareas por realizar. Su libro “¿Es Chile un país católico?” tuvo sin duda un poderoso efecto “vocacional” al abrir los ojos de los jóvenes sobre la urgencia de los problemas espirituales y morales de Chile.

Finalmente había en el Padre Hurtado dos rasgos característicos que explican en gran parte su fecundidad vocacional. El uno era el testimonio de su vida de sacerdote y de su entusiasmo apostólico. El otro era su preocupación constante por discernir las señales de vocación en los jóvenes

y por ayudarlos a responder positivamente a ella. Para encaminar en una vocación a la santidad no hay como ser santo. Y el Padre Hurtado lo era y se sentía que lo era, mucho antes de que el Papa lo beatificara oficialmente.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena